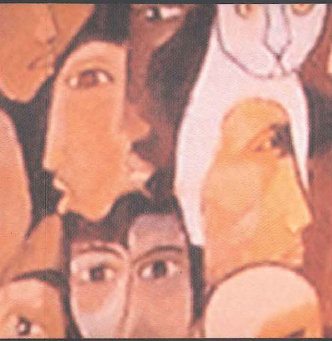




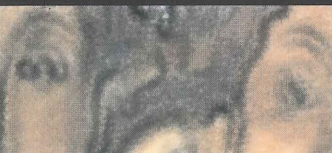
Estudios Teóricos en Psicoanálisis



Re-vuelta psicoanalítica

Max Hernández / Moisés Lemlij

Editores



Capítulo 4



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

Maestría en Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Comité editorial

Roxana Navarro

Pilar Ortiz de Zevallos

Comisión científica

Jorge Bruce

Augusto Escribens

Marcos Herrera

Joelle Hüllebroeck

Jorge Kantor

Carla Mantilla

Luis Millones

Francisco Otero

César Pezo

María del Carmen Ramos

Re-vuelta psicoanalítica

Primera edición: febrero de 2007

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007

Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú

Teléfonos: (51 1) 626-6140, 626-6152

Fax: (51 1) 626-6156

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Corrección de estilo: Rosa Díaz S., Luis Andrade

Traducción al inglés de los resúmenes: Rosario de Cárdenas

Diseño de cubierta e interiores: Juan Carlos García Miguel

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio y bajo cualquier modalidad, sin la autorización previa y escrita del editor, excepto citas, siempre que se mencione su procedencia.

ISBN 9972-42-785-4

Hecho el depósito legal 2006-10922 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Las cartas a Fliess: una vía diferente de acercamiento al psicoanálisis

*Miguel Maldonado Pedreros**

El presente trabajo plantea un acercamiento a los inicios del pensamiento freudiano desde el análisis de la correspondencia entre Freud y Fliess. El autor propone que el análisis de las cartas a Fliess puede facilitar una comprensión más empática de Freud y del psicoanálisis como tal, ya que presenta a un Freud más humano, lo cual favorece la identificación con él. Se aprecia cómo confluye el autoanálisis de Freud con el desarrollo de la teoría psicoanalítica, que deviene en el descubrimiento de conceptos trascendentales, entre los que destacan la sexualidad infantil, la fantasía y el complejo de Edipo.

Palabras clave: cartas a Fliess, sexualidad infantil, fantasía, complejo de Edipo.

*

A different approach to the initial Freudian thinking is proposed on the basis of the analysis of the correspondence between Freud and Fliess. The author argues that this analysis facilitates a more emphatic understanding of Freud and psychoanalysis because it reveals Freud's humanity, favoring a process of identification with his figure. The confluence of his autoanalysis with the development of psychoanalytic theory is appreciated, as well as their evolution into the discovery of transcendental concepts such as infantile sexuality, fantasy and the Oedipus complex.

Key words: letters of Fliess, infantile sexuality, fantasy, Oedipus complex.

* Psicoterapeuta. Licenciado en Psicología por la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Egresado de la Maestría Estudios Teóricos en Psicoanálisis de la PUCP. Secretario científico de la Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica y miembro de la directiva de la Asociación de Psicoterapia de Grupos. Correo electrónico: <mimaldo@rcp.net.pe>.

*Lo que no se pueda volando, se alcanzará
cojeando; la Escritura dice: cojear no es pecado.*

Sigmund Freud, carta a Fliess

La cita que encabeza este ensayo aparece en la carta 78 de Freud a Fliess (Masson 1994) y se repite al final del artículo *Más allá del principio del placer* ([1920]1973). Ella alude a dos momentos en los que Freud manifiesta su preocupación ante la velocidad de sus descubrimientos. En el primer caso, se encontraba eufórico creando el *Proyecto de una psicología para neurólogos* ([1895]1973a); sentía que había llegado a explicarse las condiciones de la conciencia y que todos sus descubrimientos calzaban entre sí casi con la precisión de una máquina. En el segundo caso, su actitud era más cauta, hacer consciente lo inconsciente ya no era suficiente, su aspiración de «entenderlo todo» estaba en esa tenue línea que separa realismo de pesimismo, como lo muestra el trasfondo de la cita propuesta, la cual busca consuelo en un poeta frente a las reflexiones acerca del instinto de vida y del instinto de muerte y su relación con el placer y el displacer.

El tema de este trabajo surge de una inquietud personal en el marco de nuestra formación, cuando sentíamos que el conocer y aprender el psicoanálisis, por algún motivo, mermaba la espontaneidad y la libertad en el trato con los pacientes.

Posteriormente, en supervisiones, grupos de estudio y seminarios sobre técnica psicoanalítica, pudimos darnos cuenta de que esto era algo más común de lo que creíamos. Probablemente esta situación sea característica en la formación y el conocimiento de la teoría psicoanalítica, y es posible que oscile en intensidad en función de las características personales de quien la estudia; de allí el objetivo de este trabajo: reflexionar sobre por qué el conocer al Freud que aparece en las cartas a Fliess podría paliar en algo esta situación.

La idea de que como una forma de ingresar al estudio del psicoanálisis, la figura de Freud se ha idealizado desde sus biografías es, más o menos, compartida, lo que ha llevado a psicoanalistas como Wallerstein a afirmar que «para muchos de nosotros, Sigmund Freud subsiste como un objeto perdido, como un coloso inaccesible, del cual tal vez no hemos podido realizar cabalmente el duelo, al menos en su plenitud emocional»

(Rodrigué 1996: 16). Puede existir un vínculo entre esta situación y el trato dado a las cartas a Fliess. Paradójicamente, durante muchos años éstas mostraron solo los aspectos más desarrollados del pensamiento freudiano, escondiendo su lado más humano y favoreciendo así el desarrollo de la imagen idealizada de Freud como héroe.

¿Es necesario saber de la vida del científico para entender sus descubrimientos? Por ejemplo ¿sería necesario conocer la vida de Isaac Newton para entender su física? Creemos que no siempre; pero en el caso del psicoanálisis, en que el terapeuta, o quien pretende establecer algún conocimiento desde este campo, es constantemente sujeto y objeto de análisis, resulta imprescindible. Como afirma Rodrigué cuando se refiere a Freud: «Él fue el Newton, pero también la manzana. Soñó el psicoanálisis y fue soñado por él» (Rodrigué 1996: 17). Ello podría tener alguna utilidad sobre todo para quienes creemos que la comprensión psicoanalítica no es la de un investigador o terapeuta que entiende a su objeto de estudio o al paciente que tiene al frente «objetivamente», sino que parte de su comprensión tiene que ver con el tipo de vínculo que se establece entre ambos. Fue así como se desarrolló la teoría psicoanalítica, y el documento más claro para observar esta actitud es la correspondencia entre Freud y Fliess.

Cuando Jeffrey Moussaief Masson (1994) presenta la edición completa de estas cartas, afirma, en el prólogo, que ellas van a «modificar la imagen de un grande hombre» (p. xi). Estamos de acuerdo con su planteamiento y con la siguiente aseveración: «pero dibuja a un Freud más humano» (p. xi). Esta perspectiva ya nos indica la forma en la que anteriormente era presentado el llamado padre del psicoanálisis: idealizado, como un héroe o ser sereno, racional; imagen que se puede obtener, por ejemplo, cuando se accede a él a partir de sus trabajos sobre los sueños, en los que aparece como un investigador con la capacidad de interpretar aspectos inconscientes que «el paciente tiene que aceptar».

Esto nos lleva a otra reflexión: ¿cómo separar el interés científico del privado? Sugerimos acceder a estas cartas y trabajar con ellas como una posible forma de aprendizaje del psicoanálisis, lo que difiere de lo que podría ser el deseo de entrar en la vida de Freud con la perspectiva de satisfacer un interés más banal, haciendo escarnio de su vida o intentando «psicoanalizarlo». Creemos que se trata de una posibilidad que debemos tener presente y esperamos que el desarrollo de este artículo muestre que si bien es un riesgo, puede ser manejado, y hacer de esta revisión algo productivo para quienes ingresan a estudiar el psicoanálisis, para quienes lo enseñan y, quizá, para el psicoanálisis en sí.

Vamos a presentar, en forma breve, lo que se conoce como el Período de Fliess, con el propósito de, siguiendo nuestro planteamiento, promover una identificación con Freud

como forma distinta de acercarse y entender el psicoanálisis. Las cartas a Fliess representan una etapa importante porque nos permiten apreciar a un Freud creando el psicoanálisis, que oscila entre dudas y creencias (casi convicciones) que lo llevan a una constante reformulación de su teoría, pero que, lenta y apasionadamente, y aprendiendo de los obstáculos que encuentra, empieza a alejarse de las ideas y concepciones neurológicas o científicas positivistas que fueron su punto de partida.

Este apartamiento se da en paralelo —o debido— al trabajo de Freud en su propia neurosis, por lo que sus hallazgos de esta etapa ya no van a estar referidos únicamente a lo que encontraba en sus pacientes sino también en sí mismo, en su autoanálisis. Este desarrollo se produce en forma casi inadvertida, guiado de alguna manera por la naturaleza misma de un tema que fue conociendo a la vez que se iba conociendo a sí mismo. Ahora, a la distancia, podemos decir que cuando Freud buscó sacar la descripción y comprensión del sufrimiento humano fuera del terreno de la poesía y la intuición para llevarlo al de la ciencia natural, logró, sin proponérselo, crear una nueva concepción de ciencia.

¿Por qué es importante este período? En lo que se refiere a Freud, lo vemos esforzándose por abordar, como diría en *Estudios sobre la histeria*, «problemas que los médicos no se habían planteado nunca» (Freud [1895]1973b: 113) en el marco de una escena creada en la que se presenta bregando constante y apasionadamente en dos frentes. Por un lado, con un ambiente científico que sentía hostil en relación con su obra y, por otro, con sus padecimientos psíquicos y la resistencia de sus propios impulsos inconscientes. Para quienes nos acercamos al psicoanálisis, esta situación no deja de destacar la importancia de reflexionar no solo en torno a cómo es que llegamos a «conocer» el psicoanálisis sino también sobre cómo se produce el proceso creativo desde el psicoanálisis y cómo este se vincula con nuestras propias neurosis.

Freud conoce a Fliess en 1887, pero la relación se intensifica recién en 1895, y terminará rompiéndose en 1902; es decir que el vínculo con Fliess se desarrolla desde los 31 hasta los 46 años de edad, siendo el período más intenso entre los años 1895 y 1901. En el ínterin, Freud iniciará su autoanálisis en 1897, lo cual pensamos que se viabilizó, entre otros factores, gracias a la existencia de un Fliess que funcionó como una especie de alter ego.

Lo que se conoce como el período de Fliess es producto de las cartas que Freud le escribió, pues las que recibió como respuesta (excepto tres), las destruyó. Vamos a utilizar la numeración de la edición de J. M. Masson (1994) por considerarla la más completa. Esta publicación consta de 287 cartas numeradas cronológicamente y 17

manuscritos en los que Freud solía presentar sus avances teóricos. El mérito de Masson es incluir las cartas completas, lo que nos lleva a pensar en lo sucedido con la versión anterior, que aparece en las *Obras completas* como «Los orígenes del psicoanálisis» ([1887-1902]1973), en la que solo aparecen 153 cartas, muchas de ellas incompletas. Jones (1979), por ejemplo, trata de justificar estas omisiones y recortes aduciendo que los párrafos dejados de lado no son relevantes y que giran alrededor de tres temas que, a su juicio, no era importante mostrar: datos sobre amigos o parientes, los esfuerzos que Freud realizó para ajustarse a la «ley de los períodos» de Fliess, y una cantidad de observaciones y severas críticas a Breuer. La paradoja radica en que, en el mismo libro, Jones, para desarrollar la biografía de Freud, se ve en la necesidad de citar pasajes de cartas que no se habían publicado, y que no tienen que ver con estos temas.

Sin embargo, ahora sabemos que el asunto no era tan sencillo, sino que, en el fondo, se trataba de evitar el tratamiento de temas muy importantes que atañen directamente a la imagen personal que se guarda de Freud. Estas omisiones giran en torno a sus aspectos más humanos, como pueden ser datos sobre su forma de crear, su personalidad, sus sufrimientos, gustos, antipatías, ambiciones científicas, desengaños, luchas, dificultades y, sobre todo, la necesidad que sentía, en el aislamiento en que vivía, del apoyo de Fliess.

La amistad con Fliess es la más íntima que se conoce en la vida de Freud, y extrañamente es omitida por el mismo autor en sus autobiografías. Actuó por momentos como factor estimulante y, en otros, como inhibidor en el desarrollo de sus teorías durante el último decenio del siglo XIX. Por ello es menester que nos refiramos a Fliess.

Wilhelm Fliess nace en Arswalde en 1858 y fallece en Berlín en 1928; fue un médico y biólogo alemán especializado en otorrinolaringología, dos años menor que Freud. Era reconocido como conversador brillante e inteligente, poseedor de una personalidad fascinante. Su característica más sobresaliente era su ilimitada inclinación a la especulación, así como una gran confianza en sí mismo, que lo llevaba a sostener dogmáticamente las ideas que se le ocurrían y a ser muy reacio para aceptar críticas.

Fliess tomó solo dos hechos como punto de partida para edificar su hipótesis sobre una nueva forma de neurosis. El primero, el de los períodos (que aludía al ciclo menstrual), y el segundo, que existe una relación entre la membrana de la nariz y la actividad genital; es decir, que esta membrana se inflama a menudo con la excitación genital o durante la menstruación. En su primera publicación de 1897 (Jones 1979) anuncia un nuevo síndrome: el de la «neurosis nasal refleja». Su causa era o bien orgánica como secuela de una infección, o bien funcional por perturbaciones vasomotoras de origen

sexual, siendo esta última causa un punto de contacto con las investigaciones de Freud, por su parecido con las neurosis actuales, en especial con la neurastenia.

Este síndrome incluía una vasta cantidad de síntomas, pero lo importante era que estos podían ser aliviados con la aplicación de cocaína en la nariz. Si bien nunca se pudo comprobar la especificidad de este síndrome ni sus efectos, Fliess se embarcó, a partir de este planteamiento, en una serie de conceptos y proyecciones de vasto alcance. Planteó que la menstruación era la expresión de un proceso común a ambos sexos y que abarcaría toda la vida, e infirió, además, la existencia de una periodicidad en todas las actividades vitales. Creía haber hallado la clave de esa periodicidad en la aplicación de los números 23 y 28. Otro de sus planteamientos era el de la bisexualidad de los seres humanos; esta segunda idea lo acercó a Freud, y al final fue, paradójicamente, uno de los motivos por los que se separaron.

La teoría de la bisexualidad de Fliess fue luego complementada con una «demostración matemática» de su doctrina (Clark 1985), que defendió con una obstinación que se sobreponía a las más flagrantes contradicciones. Como podemos apreciar, son indudables los rasgos místicos que se observan en sus escritos y la fantástica arbitrariedad con la que hacía malabarismos con los números, porque era un numerólogo por excelencia. Llegó, incluso, a plantear que, a partir de su teoría de los períodos, se podían explicar todos los sucesos de la vida, no sólo de los seres humanos sino también de los animales, y hasta de todos los seres orgánicos; como diría Jones: «¡De la nariz al infinito!» (Jones 1979: 302), cual *Cyrano de Bergerac*.

Fliess conoció a Freud en 1887, cuando el ubicuo Breuer, una vez más, le aconsejó que asistiera a unas clases que Freud dictaba sobre anatomía y las formas de funcionamiento del sistema nervioso. Existió desde el inicio una mutua simpatía, como lo muestra desde la carta 1, de noviembre de 1897, en que Freud comienza diciendo:

Si bien es cierto que mi carta de hoy responde a un motivo estrictamente práctico, debo iniciarla confesándole que abrigo la esperanza de mantener con Ud. una relación permanente y que la profunda impresión que Ud. me ha causado, fácilmente podría inducirme a declararle con toda franqueza en qué categoría de seres humanos me veo impulsado a incluirlo (Masson 1994: 3).

Tenían en común ser dos jóvenes médicos salidos de la clase media judía, preocupados por formar una clientela y mantener una familia, aunque Fliess estaba en una situación más cómoda, tanto por tener mayor éxito en el ejercicio de su profesión como por haberse casado con Ida Bondy, mujer de familia adinerada y paciente de Breuer.

Los dos tenían educación humanista y habían ingresado a la ciencia por la puerta de la Escuela de Helmholtz.

La amistad con Fliess vino a llenar el vacío dejado por el alejamiento de Breuer, en un momento en que Freud había perdido toda confianza de ser comprendido en su círculo más íntimo, al punto que, a decir de Freud ([1925] 1973), terminó constituyéndose en su único y exclusivo público. Esta es la etapa que Freud describió en su autobiografía como la del «gran aislamiento», por su lejanía de los círculos científicos y, probablemente, por lo ensimismado que estaba en su autoanálisis.

La relación entre Freud y Fliess se desarrolló a partir de las cartas que ambos intercambiaban y los congresos, como Freud solía llamar a los encuentros que tenían, nombre tragicómico porque Fliess era literalmente «todo su público». Al haber perdido toda la confianza de ser comprendido en su círculo más íntimo, Freud no trataba en ese momento con nadie más los problemas que tanto le preocupaban. El primer congreso fue en Salzburgo, en agosto de 1890 y, aunque no se conoce el número exacto de encuentros, se sabe que el último, donde tuvo lugar la ruptura, fue en Ancheese, en setiembre de 1900.

Fueron dos las características que unieron a Fliess con Freud. Por un lado, Fliess había hecho de los problemas sexuales el centro de su labor, por lo que, en un inicio, eran dos amigos unidos que exploraban territorios prohibidos; este era el tipo de colaborador y mentor científico que Freud necesitaba en ese momento. Por otro lado, estaba el temperamento de Fliess, quien se presentaba exageradamente seguro de sí mismo, comunicativo y especulativo, generalizando sus ideas sin mayor reparo. El atractivo de este estilo de pensamiento para Freud queda corroborado en la carta 84, del 8 de diciembre de 1895, cuando dice: «No podemos pasarnos sin la gente que tiene la osadía de pensar novedades antes que las pueda demostrar» (Masson 1994: 161).

La exigencia a Fliess era más o menos clara. Freud necesitaba un auditorio, alguien que lo escuchara en la enumeración de sus descubrimientos y de su explicación teórica, alguien que opinara sobre ellos, función que Fliess cumplió satisfactoriamente. Pero su papel tenía también mucho de «censor» en su doble vertiente; una, la del que señala lo objetable o cuestionable, que es la versión más conocida del censor; la otra, que es más importante y que muy poco se analiza, es la de la persona cuyo silencio puede hacer sentir al otro que aprueba lo que este dice. Además, sus elogios deben de haber sido muy importantes para Freud, como lo muestra la carta 45, del 14 de julio de 1894—que no aparece en la recopilación de López Ballesteros (1973)—, donde empieza diciendo, a raíz de su comentario sobre el historial clínico de Elizabeth V. R.: «Néctar y

ambrosía es para mí tu elogio porque conozco con certeza cuán difícil es que lo pronuncies, no, más precisamente, cuán sinceramente lo sientes cuando lo pronuncias» (Masson 1994: 82).

Bosquejada en un sentido bastante amplio la relación entre Fliess y Freud, vamos ahora a presentar tres cartas que, a nuestro entender, favorecen un acercamiento al psicoanálisis desde la identificación. Estas misivas, que fueron escritas a partir del 21 de setiembre de 1897, han sido consideradas como las «históricas y heroicas cartas de otoño de 1897» por E. Erikson (Clark 1985: 80), porque a través de ellas podemos apreciar cómo llega Freud a su concepción de la sexualidad infantil y el lugar trascendente de la fantasía en el origen de las enfermedades mentales.

En esos años, Freud había estado desarrollando su teoría de que las psiconeurosis tenían como causa un trauma sexual infantil, en el cual el niño había sufrido una seducción de parte de un adulto o de alguien más cercano en edad a él (como un hermano). Este supuesto, que por momentos parecía casi una convicción, por la manera en la que Freud encontraba casos que se lo confirmaban, había sido presentado ante la comunidad científica de Viena. Sin embargo, a partir de su autoanálisis y del trabajo clínico, Freud se dio cuenta de que esto no era así. Veremos a continuación cómo comunicó este hallazgo a Fliess, y todo lo que implicó para él este cambio de ideas.

La primera es la muy conocida carta 139, del 21 de setiembre de 1897, donde dice: «Y ahora quiero confiarte sin dilación el gran secreto que se me puso en claro lentamente los últimos meses. No creo más en mi neurótica» (Masson 1994: 284). Con esta frase empieza a explicarle a Fliess «históricamente» los motivos por los que decide abandonar la teoría de la seducción y habla de cuatro grupos de aspectos:

- El primer grupo tiene que ver con la falta de resultados clínicos, como el no poder concluir los análisis; no poder explicar las deserciones, sobre todo de los pacientes que mostraban rasgos favorables para el tratamiento; la falta de éxitos completos (curaciones totales de la histeria) como esperaba; y la dificultad para explicar los logros parciales. Freud asume que estos acontecimientos ocurrían porque sus planteamientos teóricos, no los técnicos, fallaban, y las críticas que recibía también iban en la misma línea de los aspectos teóricos, como el origen de las neurosis en la seducción temprana.
- Un segundo grupo de aspectos que lo hacen reflexionar es el hecho de que, en todos los casos, el padre tuviera que ser acusado de perverso. Si fuera así —se pregunta—, por qué los casos no devienen en perversiones más que en histerias.

Además, durante esta época Freud había trabajado en su autoanálisis la rabia contra su padre, que algo tuvo que ver con que culpaba a todos los padres de perversos. El empezar a darse cuenta de estos hechos lo llevará, más adelante, a dar un giro hacia el complejo de Edipo. En esta carta apreciamos cómo, en la medida en que va trascendiendo las defensas frente a sus recuerdos o reconociendo sus dificultades y resistencias para continuar su análisis, va desarrollando también el psicoanálisis.

- El tercer aspecto es que Freud se dio cuenta de que en el inconsciente no existe un signo de realidad, de modo que es imposible distinguir la verdad de la ficción afectivamente cargada. Este es otro gran hallazgo, porque para que haya signo de realidad tendría que haber conciencia en el inconsciente, y se confundiría con memoria, o lo que después denominará «preconsciente». Si es así, Freud se pregunta por qué entonces la fantasía sexual se había adueñado del tema de los padres en sus pacientes.
- Finalmente, el cuarto aspecto es que ni en la psicosis llega el recuerdo inconsciente a trascender a la conciencia.

Por todo esto, Freud decide que tiene que abandonar la teoría de la seducción, así como la posibilidad de resolver totalmente una neurosis y de establecer con certeza su etiología en un hecho real de la infancia. Sin embargo, no todo se derrumbaba; solo la teoría de la seducción, que se había constituido en su caballito de batalla en relación con el origen de la enfermedad mental; pero podríamos decir que, en el nivel técnico, estaba avanzando en su autoanálisis y en la interpretación de los sueños. El abandono no fue total, como lo muestra el hecho de que fue recién en 1905, en el artículo *Tres ensayos para una teoría sexual*, que hizo público su distanciamiento de esta teoría.

Es importante prestar atención a la forma en la que Freud termina la carta, autoevaluándose. Para descartar que estas ideas tengan que ver con un estado de ánimo depresivo que lo lleva a ver así las cosas, realiza el ejercicio —que hasta ahora es cotidiano en el trabajo clínico desde el psicoanálisis— de discriminar si lo que está sintiendo en la relación con el paciente tiene que ver con su estado particular o es fruto de la relación. Esta decantación le permite inferir que las nuevas ideas debían ser admitidas como resultado de un trabajo intelectual sincero y de un buen nivel de autocrítica. Al final, los supuestos avances teóricos o la seducción que él había imaginado en su padre hacia sus hermanos no había sido sino producto de su propia imaginación. Su capacidad de autoanalizarse lo lleva a pensar que si por sus defensas para asumir los

sentimientos contra su padre había distorsionado todo, entonces sus pacientes también podrían haberse defendido de la misma manera.

En la carta 141 (Masson 1994: 288), la segunda de la serie, escrita algunos días después, podemos observar cómo, a pesar del descalabro de la teoría de la seducción por la que tanto luchó, y a pesar de que terminaron siendo ciertas la mayoría de las críticas, a partir de su autoanálisis empieza a entender por qué se equivocó, y de ahí a comprender lo que sucedía en sus pacientes. Es también una actitud técnica que se ha mantenido como característica del trabajo psicoanalítico: lo más común es criticarnos por habernos equivocado, lo más difícil es seguir tratando de entender qué pasó.

Freud continúa con esta línea de pensamiento remarcando la importancia de lo íntimo. Comenta que, a raíz de la interpretación de un sueño, surgió el recuerdo de su nodriza cuando él tenía 2 años y medio, hecho que lo ayudaba a ubicar la causa de su neurosis ya no en su padre sino en ella. Esta reflexión le trae recuerdos de cuando «se despertó» su «libido hacia Matrem» (Masson 1994: 289). Comenta también cómo evoca sus relaciones con un primo en la infancia, así como la forma en que vivió el fallecimiento de su hermano menor, vinculando ambos hechos al origen de la faz neurótica y de la intensidad de sus amistades. Estas reflexiones, más las dificultades que encuentra para avanzar en su autoanálisis, le permiten inferir, por primera vez, la idea de «ganancia secundaria de la enfermedad», que nuevamente empieza a emplear para entender las reacciones de sus pacientes.

A partir de este sueño podemos apreciar cómo Freud trabaja su impotencia neurótica y su angustia de «no poder», vinculadas a lo que le decía la nodriza, lo cual le ayuda a entender la impotencia que estaba viviendo como terapeuta para comprender la neurosis. Termina reflexionando sobre si lo que encuentra son hechos o fantasías y todavía lo confunde la constatación de que, a pesar de ser fantasías, pudieran ejercer efecto como si fueran realidades. Surge de ahí su gran pregunta acerca del origen de los espantosos detalles perversos de sus pacientes, que suelen estar tan lejos de su experiencia vivida.

En la carta 142 (Masson 1994: 291), escrita cinco días después, empieza explicándose algunas conductas y resistencias desde la teoría de los períodos de Fliess, a partir de la cual llega a inferir hechos como el siguiente: «De esto se podría concluir que el período femenino es desfavorable para el trabajo» (Masson 1994: 291). Paralelamente, se presenta muy ilusionado en su autoanálisis con la idea de que todo lo que le sucede en este proceso (como la aparición de resistencias) lo va a ayudar a aclarar y a entender a sus pacientes. Ello constituye otro gran aporte de Freud, al lograr hacer de los obstáculos herramientas para seguir avanzando.

Pero aún persiste en la idea de encontrar hechos reales que justifiquen su neurosis, como se puede apreciar cuando consulta con su madre sobre la niñera y, una vez confirmado el hecho como real, asume que esto corrobora la veracidad de la interpretación de su sueño, aunque termina atándolo a los datos recibidos,¹ y toma todo ello como corroboración de la efectividad del análisis de sueños. Acá se abren la brecha y las dudas, hasta ahora vigentes, sobre si la reconstrucción es de hechos reales o de una narrativa que da sentido a varios eventos. En todo caso, esta reconstrucción nunca fue comunicada por Freud en ninguna de sus obras; solo aparece en estas cartas. Incluso posteriormente recomendó en forma explícita que estas interrogantes confirmatorias no se hiciesen.

Freud relaciona la desaparición de «La Vieja», como llama a la nodriza, con la desaparición de su madre y con la escena que desde hacía años regresaba en forma reiterada a su mente: no podía encontrar a su madre. Nuevamente usa esto como prueba de las coincidencias entre lo interpretado y lo que sucedió en «realidad». Es comprensible también su cautela por confirmar si los hechos eran reales, después de lo que había ocurrido con la seducción.

Todo lo visto lleva a Freud al hallazgo del enamoramiento infantil hacia su madre y los celos hacia su padre, y plantea que ese podría ser el motivo por el que le cautiva tanto la obra Edipo rey. Son estas cartas las primeras donde menciona al complejo de Edipo como tal. Al trasladar su concepción del Edipo a la comprensión de lo sucedido con sus pacientes que hablaban de escenas de seducción, Freud encuentra otra vertiente explicativa sobre el referido complejo a partir de la siguiente inferencia: si todos los adultos no habían sentido lujuria por los niños, como pasó con sus pacientes, entonces ¿de dónde vienen estos pensamientos? Tienen que surgir de sentimientos de lujuria —como él los llama— de los niños hacia los adultos y, detrás de estas fantasías, surge otro concepto teórico trascendental para el psicoanálisis: la sexualidad infantil. Este es el origen de su concepto de la sexualidad infantil.

Más adelante, Freud llegó a plantear que tenía que reconocer que las escenas de seducción jamás habían existido, que eran solo fantasías, y que había confundido ambas cosas. Incluso reconoció que quizá las había sembrado en sus pacientes a manera de sugerencia o sugestión; es decir, varios pacientes se convencieron, a causa de la convicción de Freud, de que habían sido seducidos, lo cual era factible por la técnica que usaba. La hermosa frase «cuento de hadas científico» de Kraft Ebbing (Ellemerger

¹ Igual acontece con su inquina por el médico de Freiberg.

1970: 512) es una descripción bastante acertada. A Freud le pasó algo semejante a lo que le sucedió a Charcot en relación con las histéricas, con la gran diferencia de que, una vez que Charcot falleció, desaparecieron sus histéricas y sus teorías, mientras que Freud hizo de este obstáculo una herramienta para seguir desarrollando el psicoanálisis y con él la comprensión de los sufrimientos psíquicos.

El ocaso de la teoría de la seducción dio paso al surgimiento de varias ideas muy importantes para el desarrollo posterior del psicoanálisis, como la de realidad psíquica, que va de la mano con la idea de fantasma inconsciente; un mayor desarrollo de las funciones del Yo a partir de la comprensión del mecanismo de la represión; el inicio de la comprensión del complejo de Edipo; y, lo que es más importante para este trabajo, la idea de una sexualidad infantil espontánea y natural, y no producto de hechos traumáticos precoces que toman sentido después de la pubertad.

En estas tres cartas aparece un Freud «obrero», trabajando simultáneamente en la comprensión de sí mismo y de los cuadros psicopatológicos; el investigarse y entenderse pasa a ser una herramienta para estudiar y entender lo investigado. El gran salto de hacer la inferencia a partir de lo que le sucedía a él para entender lo que le ocurría a sus pacientes, y de ahí a todos los que padecieran de psiconeurosis, pone en evidencia esa particular convergencia entre los fenómenos particulares y la posibilidad de extenderlos a los de la especie.

Fue así como Freud fue creando el psicoanálisis. En otras cartas plantea que él no podía producir intelectualmente ni en estados de mucha felicidad o exaltación ni cuando estaba muy triste, pero que siempre algo de tristeza o desazón era imprescindible para que pudiera crear. ¿Es necesario que todos pasemos por este autodescubrimiento para conocer el psicoanálisis? Pienso que sí, sobre todo para quienes tienen en perspectiva trabajar en psicoterapia o psicoanálisis.

Por eso creo que el acceder al psicoanálisis desde el Freud de sus cartas a Fliess, en las que encontramos no solo sus ideas sino también al hombre que crea, puede facilitar un nivel de identificación que va a redundar en una comprensión diferente del psicoanálisis que la de los que se acercan desde sus «grandes textos», que tienden a promover la idealización. Esta situación adquiere mayor relevancia cuando se trata de la enseñanza del psicoanálisis en universidades, en las que los participantes no van a tener espacios en los que puedan trabajar la idealización de manera más personal.

Para terminar, y a manera de reflexión, quisiera plantear la inquietud acerca de si esto de hacer de los obstáculos o dificultades que encontramos en nuestro trabajo herramientas para seguir creando es una característica personal de Freud o es un rasgo

necesario de creación en todo trabajo psicoanalítico. ¿Cuánto de esto define el estilo particular de crear de Freud y cuánto es privativo del psicoanálisis? ¿Puede el conocimiento del psicoanálisis estar separado de un autoconocimiento? Aunque aún no se vislumbren las respuestas, es necesario seguir reflexionando y compartiendo estas inquietudes, recordando que:

Lo que no se pueda volando,
se alcanzará cojeando;
la Escritura dice:
cojear no es pecado.

Esta es la primera vez que comento esta idea tomando como referencia las cartas a Fliess como una forma diferente de aproximación al psicoanálisis. Se trata de un planteamiento nuevo que requiere aún de mayor elaboración. Espero que la forma en que se han presentado las tres cartas muestre cuál es el propósito de esta reflexión: constituir un primer paso en la búsqueda de una forma menos vertical y más empática y humana de acercarse al psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

CLARK, R.

1985 *Freud, el hombre y su causa*. Buenos Aires: Sudamericana.

ELLEMBERGER, H.

1970 *El descubrimiento del inconsciente*. Madrid: Gredos.

FREUD, S.

[1895]1973a *Proyecto de una psicología para neurólogos (La histeria)*. En *Obras completas*. Vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 209-276.

[1895]1973b *Estudios sobre la histeria*. En *Obras completas*. Vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 39-168.

[1887-1902] *Los orígenes del psicoanálisis*. En *Obras completas*. Vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 3433-3656.

[1905]1973 *Tres ensayos para una teoría sexual*. En *Obras completas*. Vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 1169-1237.

[1920]1973 *Más allá del principio del placer*. En *Obras completas*. Vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 2507-2542.

1973[1925] *Presentación autobiográfica*. En *Obras completas*. Vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 2761-2800.

JONES, E.

1979 *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Hormé.

MASSON, J. M. (ed.)

1994 *Sigmund Freud: cartas a Wilhelm Fliess, 1887-1904*. Trad. J. L. Etcheverry.
Buenos Aires: Amorrortu.

RODRIGUÉ, E.

1996 *El siglo del psicoanálisis*. Vol. I. Buenos Aires: Sudamericana.